

Albacete, un viaje necesario

De las hoy cinco capitales de provincia que integran la Comunidad de Castilla-La Mancha fue la de Albacete la que hace unos lustros tuvo el mayor crecimiento demográfico, doblando a unas y triplicando a otras de sus hermanas regionales. Quizá porque, así mismo, su crecimiento le venía desde la raíz histórica, le fue más fácil que a las demás. Eso hizo que se convirtiera, con mucho, en la más poblada y vital de las cinco capitales y que aún, cuando estos últimos años, por razones de ubicación en la administración política, como es el caso de Toledo, o en la asignación de otros factores de progreso, llámense entre otros AVE, tal sucede con Ciudad Real, estas hayan crecido recientemente a un ritmo superior, pero sin llegar nunca a esa extensión demográfica a que hacemos referencia de principio.

Albacete capital continua siendo la de mayor amplitud, la de calles más largas y mayor número de habitantes haciendo vida en las mismas. Se difundió hace unos días la noticia de cómo a este respecto, aquel aumento acostumbrado en su crecer numérico anterior ha soportado un parón de años, pero que ya el pasado como éste ha cogido su ritmo natural de crecimiento. Así cuando uno se desplaza a la Capital de la Llanura disfruta del vitalismo que es capaz de generar la fuerza de lo que podríamos llamar ciudades medias, donde es fácil lograr el equilibrio social que no se encuentra en las grandes urbes y se desconoce en los pueblos pequeños, donde si la calma nos puede conducir incluso al sosiego espiritual, también es cierto que se echan de menos los componentes que ciertas exigencias o motivaciones requieren en el actual modo de vida.

Hoy, cuando el turismo de nuestra región está principalmente motivado por su aportación cultural y artística, el viajero que llega a Albacete no sólo puede disfrutar de los siglos de historia que están representados en la arquitectura de sus piedras sino también del arte que suponen sus piedras mismas convertidas en ejemplos del mismo. Pasear por algunas de sus calles es recrear la vista con maravillosos edificios de artísticas fachadas donde la piedra, el ladrillo, el mármol y el cristal combinan el atractivo que retiene la

curiosidad más exigente y asombra a quien llega con ánimos de descubrimiento estético. Y no digamos quienes, en momentos de calurosos estíos, como los que soportamos, llegan a su magnífico Parque y capaces son de paliar las furias de Febo bajo las sombras de sus variados y corpulentos árboles.

Dejando a un lado y por obvio cuanto de industria principal supone la fabricación de sus navajas, Albacete es el Museo que nos recuerda en sus ámbitos la fuerza de la pintura con los nutridos fondos de Benjamín Palencia, como lo es en el conjunto de importantes piezas arqueológicas, sus muñecas de ámbar y marfil, piezas únicas, que llegan desde la necrópolis romana de Ontur; pero también es museo en la representatividad de buen número de sus calles y en el interior de algunas de sus casas, casonas, palacios, el casino y la propia catedral. Queda sobre ésta escrito que *"Posee cuatro esbeltas columnas*

jónicas estriadas, sobre las que se apean las bóvedas barrocas construidas por Gregorio Días Palacios hacia el año 1690. Capillas de mérito, góticas con bóvedas estrelladas. En la Sacristía, una pila renacentista y cinco grillas murales con escenas bíblicas". También hay que ver su Ayuntamiento viejo, la Casa de Hortelano, el Colegio Notarial, el antiguo Casino, las fuentes y monumentos del Parque...

Hay que ir en su Feria de septiembre, sus corridas de toros, comprobar el fervor popular que los albacetenses tienen para con su Virgen de los Llanos, fiesta declarada de interés turístico nacional. Hay que asistir al "Jueves Lardero", jueves anterior a carnaval; hay que asistir en carnaval a su desfile de carrozas y al entierro de la sardina. Y, cómo no, hay que disfrutar de su gastronomía, que no está muy lejos, se podría decir que es la misma, de la que impera en el conjunto de La Mancha: Los gazpachos, con sus peculiares tortas, las migas y las gachas, el ajo de "mataero", los guisos de caza, con especialidad de la perdiz, el atasca burras de sabroso bacalao, sus dulces de flores, los Suspiros y los Miguelitos que vienen de La Roda... ¡Hay que ir a Albacete y no sólo tomarla de paso hacia el mar!

N. H.

